

vale por un ejército para la patria; y por un ejército que jamás será derrotado. Ya sabeis donde están nuestros ejércitos.

Pero es inútil preguntar por ellos; los ejércitos se forman y se desvanecen como las nubes en una tempestad; y sin embargo, la tempestad sigue. Preguntad más bien dónde está la guerra? En las costas con sus enfermedades hostiles para todos los invasores; en las sierras que se levantan á las inmediaciones de ambos mares; en las madres sin hijos, en los huérfanos, en las viudas, en el entusiasmo que forma para la juventud una epopeya de cada triunfo nacional; en la lira del poeta; en la aprobacion de la conciencia; en la complicidad del partido liberal en Francia, en España, en Inglaterra; en el aplauso de las demas naciones; en la impaciencia de los Estados Unidos; en la indignacion del clero; en nuestros deberes, en nuestras virtudes, en nuestros vicios.

Mexicanos residentes en la Alta California: no desmayeis si las peripecias de la guerra aparecen algunas veces contrarias á la República Mexicana; sufriendo frecuentes derrotas y sin ejércitos notables, hemos lanzado de nuestro suelo las armas formidables de la Iberia; tres años de derrotas aseguraron el triunfo de la Reforma; y si nuestro ejemplo no basta, recordad la Grecia sin ejércitos luchando por arrancar al Papa el paladion de la República Romana, y ved á la Polonia sosteniendo sin ejércitos todo un siglo de campañas. Los ejércitos son absolutamente necesarios para los opresores; á las naciones les basta organizar su resistencia para encontrar su salvacion en la constancia. El buque deja profunda herida sobre el mar, el rayo lo traspasa, el viento lo destroza; y el mar sobrevive al buque, al viento, al rayo.

La Opinion de Sinaloa.—1864.

UNA PROCLAMA DEL TUDESCO MAXIMILIANO

VAMOS á publicar con comentarios, ya que no puede leerse sin ellos, la proclama que el aventurero aleman dirige desde Veracruz á los mexicanos; el hombre-zuelo, si nos guiamos por las preocupaciones de su patria, debe haber pisado con el pié izquierdo las playas de la República, puesto que, como prueba del mal agüero que lo recibió á su desembarco, ha comenzado profiriendo solemnemente extraños desaciertos.

“*Mexicanos: vosotros me habeis deseado.*” Estas son las primeras palabras de Maximiliano, y envuelven la más descarada mentira: él mismo se admira de haberlas pronunciado; ¡lo hemos deseado! ¿Esta nacion mexicana, es posible que haya deseado á uno de tantos caciques tudescos, que apénas son conocidos en la misma Europa? Cinco millones de indígenas, para quienes nos parece gachupin todo extranjero, ¿por qué revelacion inaudita, ó por qué acomodaticia y supletoria intuicion llegamos á desear lo que no conocemos todavía? Y, ¿tres millones de razas cruzadas que se encuentran divididos, los unos fieles á su país y los otros traicionándolo, cuando no conocen de la Alemania sino el nombre? ¿Desear al archiduque! y, ¿por qué? Que los judíos lleven más de veinte siglos

de desear un Mesías, se concibe. Despues que la independencia de Israel vió rota á los piés del romano la espada de los Macabeos, el salterio del profeta ha conducido al pueblo fugitivo por todas las partes del mundo; Jerusalem extraña á sus antiguos moradores, y éstos esperan un genio misterioso que los acaudille, ignorando que el Hijo de Dios encarna en la humanidad, y es entónces un verdadero Espíritu-santo el patriotismo. ¿Desearémos á uno de los agnados de la casa de Hapsburgo porque nos lo recomienden las vivas tradiciones de la patria? Pero ningun parentesco tiene ese señor con Guatimotzin, ni con Hidalgo, ni con Zaragoza, personajes épicos de nuestra historia, ídolos del pueblo, honor de la Nación. ¿Lo desearémos por la influencia misteriosa del derecho divino, nosotros, acostumbrados al ejercicio del poder público y á conocer los secretos mundanos de su origen, nosotros que en el Todopoderoso á quien agradece el imperio recibido, vemos simplemente al tirano de la Francia y al fautor de nuestros males? ¿Lo habrémos deseado como una notabilidad que pudiera servir de lustre y de provecho al suelo americano? ¿Ah! si deseásemos un guerrero humano, ilustrado, vestido de gloria, deseáramos á Garibaldi; si deseásemos á un poeta socialista, filosófico y ardiendo en inspiracion sagrada, volveríamos los ojos á Víctor Hugo; si deseásemos un sabio, Humbold hubiera recibido la herencia de Iturbide; si deseásemos un diestro artista, buscaríamos á cualquier chino; si deseáramos un traidor, tendríamos á Almonte; si deseáramos un tipo de asesinos, nos conformáramos con Bazaine; y, ni deseando lo supremo de la estulticia nos acordáramos de Maximiliano, porque *estultorum infinitum est numerus*.

Vuestra noble nacion por una mayoría espontánea me ha designado para velar de hoy en adelante sobre vuestros destinos! ¿Espontáneo ha sido el llamamiento de Maximiliano! Cincuenta mil franceses armados, cincuenta mil traidores como auxiliares, apénas han conseguido falsificar actas que en dos años no representan la cuarta parte del pueblo mexicano; y estos cien mil verdugos, apoyados por una legion extranjera, van á cui-

dar indefinidamente la espontaneidad de ese llamamiento. Veinte mil patriotas han muerto en los combates, y otros veinte mil gimen mutilados ó prisioneros; los campeones de la independencia se multiplican á pesar de que esperan no encontrar en la derrota las leyes de la humanidad y de la guerra; el clero no quiere emperadores sino instrumentos; los traidores desconfian; son conocidos los manejos prematuros que en Francia decidieron la mision imperial de Maximiliano; ¿y á pesar de todo esto puede mencionarse, no como una innoble chanza, la espontaneidad de ese llamamiento? Las primeras palabras de Maximiliano son una mentira; las segundas un insulto.

Yo me entrego con alegría á este llamamiento. El pueblo mexicano ha visto la infame convencion firmada por Velásquez de Leon y Herbert; en esa capitulacion execrable que exhala de cada letra el *¡ay de los vencidos!* las rentas y las armas de la República se encuentran entregadas, unas como botin y otras como homenaje, al feroz procónsul de los franceses; sólo queda una sombra de administracion, y ésta se confia á un monarca extranjero; para que nada falte á la ignominia de los que han vendido á su patria, éstos recibirán como precio algunas cruces y cintas más despreciables que los collares de cuentas y los espejos por los que suelen cambiar algunos bárbaros la sangre de sus hijos; Maximiliano sólo viene á encubrir un crimen con un manto que se le ha prestado en Francia; y así comienza á velar por nuestros destinos! así se entrega con alegría á este llamamiento!

“Por muy penoso que me haya sido decir adios para siempre á mi país natal, y á los míos, lo he hecho ya, persuadido de que el Todopoderoso me ha señalado por medio de vosotros, la noble mision de consagrar toda mi fuerza y mi corazón á un pueblo que, fatigado de combates y de luchas desastrosas, desea sinceramente la paz y el bienestar; de un pueblo que habiendo asegurado gloriosamente su independencia, quiere ahora gozar de los frutos de la civilizacion y del verdadero progreso.” En medio de la insulsa palabrería

que forma el párrafo transcrito, se nota, como en el resto de todo el famoso documento, la repetición de esta mentira: "*los mexicanos me han llamado.*" ¡Admirable esterilidad en las ideas tiene el austriaco! Ocúrresele á Napoleon III hacer de México una colonia para la Francia; marchando por los caminos torcidos que acostumbra, improvisa un imperio, suprimiéndole las armas y los recursos, primeros y únicos elementos de vida y de soberanía para las naciones; mañana suprimirá el cargo de emperador como inútil y costoso, y mantendrá la ocupación del país hasta que queden asegurados los intereses de la Francia, hasta que el honor militar esté satisfecho, hasta que el mundo pueda contemplar el primer pensamiento de un hombre que invade sin idea preconcebida; y entretanto, para dar un traje honesto á su crimen, lo viste de sufragio universal, y por medio de Forey, Dupin, Bazaine, Márquez, Mejía y otros asesinos, improvisa la voluntad de los mexicanos en favor de un archiduque, que entre nosotros viene á ser sinónimo de un quidam; esta sangrienta farsa no era bastante para hacerla verosímil, y hémos aquí que entra otro personaje en la escena, cómplice de Dupin, de Márquez, de Bazaine y de Mejía, y según dicen, el más ardiente conquistador de votos para que Maximiliano sea el sucesor de Moctezuma; ese nuevo agente de Napoleon III, es, según lo hemos visto, el Todopoderoso! Pero el archiduque lo confiesa, hemos asegurado gloriosamente nuestra independencia, y queremos gozar de los frutos de la civilización y del progreso. ¿Quién ha intentado vender esa independencia por medio de Velázquez de León? ¿Maximiliano! Y, ¿quién ha comprado esa independencia y nos da lecciones de barbarie y promesas de retroceso? ¿El invasor que tutorea á Maximiliano! Paz y bienestar nos traen en la punta de cien mil bayonetas, cuando se apoderan de todos nuestros tesoros, y derraman por gala de barbarie la sangre de los prisioneros y la de otras víctimas enteramente inculpables!

"La confianza de que estamos animados vosotros y yo, será coronada de un brillante suceso si permanecemos siem-

pre unidos para defender valerosamente los grandes principios, únicos fundamentos verdaderos y durables de los Estados modernos. Los principios de inviolable é inmutable justicia; de igualdad ante la ley; el camino abierto á cada uno para toda carrera y posición social; la completa libertad personal bien comprendida, reasumiendo con ella la protección del individuo y de la propiedad; el fomento de la riqueza nacional; las mejoras de la agricultura, de la minería y de la industria; el establecimiento de las vías de comunicación para un comercio extenso; y en fin, el libre desarrollo de la inteligencia en todas sus relaciones con el interés público." Este párrafo encierra lo que nosotros acostumbramos llamar un programa, es decir, uno de esos planes de bienandanza que sabe hacer muy bien cualquier sargento que se pronuncia, cualquiera jugador que conspira en un café, y hasta la más humilde vejezuela que se entromete en la política; oficio de charlatanes muy antiguo, pero los impostores de otro tiempo sabían concluir prometiendo la vida eterna para que no se desalentasen los que siempre resultan desheredados en ésta. Desear el bien es muy fácil, y Maximiliano pudo haberlo deseado sin reticencias; difícil es realizarlo: tan grande empresa no pertenece á un sólo hombre sino á toda la humanidad y forma el compromiso hereditario de los siglos. Los mexicanos podemos, no hay duda, mejorar nuestra condición social y avivar el lustre que dieron á la patria los Hídalgo y Zaragozas, pero necesitamos tener patria, para engrandecerla; y mientras el sol de la libertad se encuentre ofuscado por el pabellón francés, sólo en busca de plomo para el enemigo ó de una tumba para nosotros, cabaremos las ricas entrañas de la tierra. ¿A qué buscar la plata ni el oro, si llevando la efigie de nuestra esclavitud, desaparecerá con este lema: *para la Francia?* ¿Volveremos, como en tiempo de los españoles, á quemar nuestros nacientes viñedos para que tengan consumo los adulterados vinos de la nación conquistadora? ¿Qué nos traerán bramando las locomotoras de Veracruz sino las hordas incendiarias y famélicas de zuavos y argelinos? ¿En vez

de fabricar sedas, no cultivaremos el algodón y el tabaco, como los infelices africanos en la isla de Cuba? ¡Libertad, igualdad, bajo cien mil bayonetas! ¿Ese emperador que por un vano título, ya ha regalado á Napoleon III las rentas de medio siglo, no es capaz de entregar á sus acreedores con las riquezas de nuestro suelo, la sangre de los patriotas y las cenizas de nuestros padres?

“Las bendiciones del cielo y con ellas el progreso y la libertad no nos faltarán seguramente á todos los partidos, dejándose conducir por un gobierno fuerte y leal, si se unen para realizar el objeto que acabo de indicar y si continuamos siempre animados del sentimiento religioso, por el cual nuestra bella patria se ha distinguido aun en los tiempos más remotos y desgraciados.” Este párrafo está estúpidamente redactado; no es disculpable en un alumno que lleva dos años de estudiar el castellano; ¡cuánta trivialidad en frases muy rastreras!

Habla de *nuestra bella patria* como aquellos novios que comienzan por llamar *mamá* á su suegra. Sobre todo, es digno de arder en un candil aquel pensamiento que equivale á decir, que el sentimiento religioso nos ha distinguido desde los tiempos de Netzahualcoyotl y de Guatimotzin, que son nuestros tiempos más remotos.

“La bandera civilizadora de la Francia elevada tan alto por su noble emperador, á quien vosotros debeis el renacimiento del orden y de la paz, representa los mismos principios. Esto es lo que os decia en el lenguaje tierno y desinteresado hace pocos meses, el jefe de sus tropas como nuncio de una nueva era de felicidad.” Todas aquellas amenazas, todos aquellos insultos, todas aquellas órdenes sangrientas, de Forey ó de Bazaine, *del jefe de sus tropas*, no eran sino un lenguaje tierno y desinteresado donde se nos decian los mismos principios! Ahora sí quedamos enterados y enternecidos. El noble emperador, ¿por dónde le vendrá la nobleza, por parte del padre ó de la madre? El noble emperador ha levantado muy alto su bandera para cubrir con ella y con los

nuevos principios, en nuestro beneficio, al judío de Jecker y sus millones.

“Todo país que ha querido tener un porvenir ha llegado á ser grande y fuerte.” Mentira, nadie llega á la altura de Grecia y Roma con solas ganas. “Siguiendo este camino, unidos todos y firmes, Dios nos dará la fuerza para alcanzar el grado de prosperidad que ambicionamos. ¡Mexicanos! el porvenir de nuestro bello país está en nuestras manos. En cuanto á mí os ofrezco una voluntad sincera, lealtad y una firme intencion para respetar vuestras leyes y hacerlas respetar con una voluntad invariable.” ¿No es lo mismo, tener firme intencion y voluntad invariable para hacer una cosa? Dice que Dios nos dará la fuerza; yo veo que la hemos tenido y la tenemos; ¿por qué nos la quiere quitar para entregarla al emperador de los franceses?

Dios y vuestra confianza constituyen mi fuerza. Si Dios lo apoya como nuestra confianza, me sospecho que no está el emperador lejos de Padilla. *El pabellon de la Independencia es mi símbolo.* Lo que es nuestro pabellon no es muy elástico para que pueda ocultar un austriaco. *Mi divisa vosotros la conocéis ya.* Si no, la conoceremos: *Equidad en la justicia.* Equidad y justicia, vulgarmente hablando son cosas iguales; en lenguaje forense suelen ser contrarios, en el idioma de Maximiliano son *su divisa*, esto es un disparate. Pero como él dice: *Yo le seré fiel toda mi vida.* El deseado ha venido á traernos equidad en la justicia.

“Es mi deber empuñar el cetro con conciencia y con firmeza la espada del honor. Toca á la Emperatriz la tarea envidiable de consagrar al país todos los nobles sentimientos de una virtud cristiana y toda la dulzura de una madre tierna.” Este párrafo encierra el sistema administrativo que se propone Maximiliano plantear en la nacion; es un sistema de gobierno enteramente nuevo; es una division de poderes que se puede llamar tudesca; Bazaine se entenderá con los principales negocios de la paz y de la guerra; Maximiliano empuñará el cetro de aparato y la espada del honor; y toca á

la emperatriz la doble tarea de dirigir los negocios eclesiásticos y de servir la oficina de una madre tierna. La mujer de un emperador siempre ha sido una máquina para surtirse de sucesores; la pone en juego el primero de los que pasan; pero nuestra emperatriz será nuestra madre y cortesanos y cortesanas la llamarán mamá Carlota.

“Unámonos para llegar al objeto comun; olvidemos las sombras pasadas; sepultemos el odio de los partidos y la aurora de la paz y de la felicidad merecida renacerá radiante sobre el nuevo imperio.—*Maximiliano*.—Veracruz, Mayo 28 de 1864.”

¿Cómo podemos tener un objeto comun, señor emperador, cuando vd. conserva sus derechos á la corona imperial de su tierra y ha venido á la nuestra por una especulacion que nosotros estamos pagando con nuestros bienes y nuestra sangre? ¿Cómo pueden en ninguna parte del mundo unirse los partidos miétras están divididos los intereses? ¿Cómo no le ocurrieron á vd. cosas más interesantes que decirnos? Si por esa composicion maximilianesca juzgásemos la literatura y la sabiduría alemanas, mal habria representado vd. en la América á uno de los pueblos más civilizados del mundo.

Todos los grandes aventureros han sido elocuentes; les ha servido de inspiracion la magnitud de su misma empresa; Moisés sobre el desierto de la Arabia, á la orilla del Mar Rojo, se improvisa legislador y poeta; veinte siglos despues los mismos desiertos rebullen en héroes que brotan de la tierra al tocarla las sublimes palabras del Koran; Julio César se inspira en las Galias; Cortés se hace el primer historiador de la América; Napoleon llena su cabeza con los recuerdos de la Italia y del Egipto; pero sólo Maximiliano y Rubalcaba han arribado al Nuevo Mundo para decirnos unos cuantos disparates. Sr. D. Maximiliano, parece que viene vd. del Logroño. . . . como sepa su llegada el compadre Pinzon vendrá á hacerle á vd. una visita y tambien á la mamá Carlota.

Al entrar en las aguas de Veracruz, envuelto por una atmósfera en llamas, descubre el navegante, sobre una roca un

castillo histórico, sobre la desnuda arena una ciudad encallada, más allá la vegetacion de los trópicos; cerca del cielo el Orizaba llamado por los aztecas la estrella humeante; es el Nuevo Mundo que apareció á sus descubridores como la entrada del paraíso; esas ondas han visto arder las naves de Cortés ante los embajadores de Moctezuma; ese volcan ha presenciado mil imperios desconocidos llevándose consigo la memoria de su opulencia; y Maximiliano sólo sabe decir á una generacion que lo desdeña y á tanta sublimidad que desconoce y á lo nuevo y espléndido de su inesperada situacion, sólo sabe decir; ¡aquí estoy!

La Estrella de Occidente. Ures, Julio de 1864.